EL SEMBRADOR

PTC

PERIODICO INFANTIL

Enero, 1956 | Seminario Conciliar.- BARCELONA | Núm. 185

AQUEL NIÑO TUVO UNA OCURRENCIA FELIZ

En el año 1882 nacía en Bélgica un niño a quien pusieron por nombre José. Sus padres eran muy pobres, unos humildes obreros. Su papá ni siquiera sabía leer y escribir. Pero sabía lo principal, que es ser buen cristiano. Su mamá era una santa mujer.

El niño José fué creciendo en medio de las estrecheces de la familia. Y se fué haciendo grandecito. Pronto aprendió a rezar.

Un día penetró en la iglesia de su pueblo con su mamá. Tenían que tratar con el párroco sobre una cuestión delicada. Bueno, la que tenía que hablar era su madre; porque él era bastante niño para entender de las cosas de los mayores.

A José le había gustado siempre observar a los sacerdotes. Le parecía que eran muy buenos y muy cariñosos con los niños. Y por eso, cuando aquel día fué con su madre a la iglesia, mientras ella conversaba con el párroco, él pensó que podría ser muy feliz siendo sacerdote.

Y tuvo una ocurrencia: ¿por qué no pedir al Señor que le diera esa gracia? Y, apartándose de su mamá, se marchó ante el Sagrario y, arrodillado, dijo callandito, callandito: "Quiero ser sacerdote".

Aquello no tuvo gran importancia. Pero unos años más tarde ingresaba en el Seminario. Antes de cantar su primera Misa moría su padre en sus brazos. Allí, junto a sus restos mortales pidió al Señor que le hiciera un apóstol de los obreros: "Quiero matarme por los obreros".

Y el Señor se lo concedió. Hoy, aquel pequeño José es el célebre José Cardijn, fundador de la J. O. C. y conocido en todo el mundo.

¿POR QUE NO ME DAS ESO?

(Histórico)

Era en una barriada de Gijón. Yo trabajaba como sacerdote en las Escuelas del Ave María. En las Navidades pasadas me sucedió el siguiente caso: Había terminado la Misa de once y salí de la sacristía para dar gracias. En la Misa comulgaron algunos que no quisieron madrugar. Ya se había marchado casi toda la gente y muy pocos quedaban en la iglesia. Entre ellos, una señora con dos pequeñinas que jugueteaban alrededor del comulgatorio.

Al verme salir, la mayor de las dos nenas me gritó, como si estuviese en la calle:

—¡Oye, ven, que te voy a decir una cosa...!

Yo le dije en el mismo tono:

—¿Qué quieres, niñina?

Y me contestó con desparpajo:

—Oye, ¿por qué no me das ESO que das a los otros, cuando haces así...? (Y con su manita trazaba la señal de la cruz.)

—No te lo doy—le contesté—porque eres muy pequeñita todavía. A ver, ¿cuántos años tienes?

Y, sin hablar, levantó la mano izquierda y me enseñó tres deditos estirados, mientras doblaba los demás...

Me vinieron ganas de abrir el Sagrario y poner en la boca de aquel angelito al Amigo de los niños.

Y estoy seguro de que Jesús, desde la hostia blanca, sonreiría a aquella niñina que le quería recibir. Porque El quiere tanto a los niños buenos...

R. GONZALEZ

POCHOLO NO SABIA LO QUE DECIA

En mi casa teníamos un muñeco precioso. Se lo habían puesto los Reyes a Mari-Luz, mi hermana más pequeña. Pronto hizo ella como que lo bautizaba, y le puso por nombre Pocholo.

Pocholo era un encanto de muñeco. Bastaba con apretarle su blanda barriguita para que dijera "papá" y "mamá" como un niño de verdad. Si se le apretaba un botón que tenía en la espalda, se ponía a llorar de forma que nos hacía reír a todos.

Pocholo era un muñeco maravilloso. Casi, casi, un niño. Por eso, mi hermanita Mari-Luz le quería tanto.

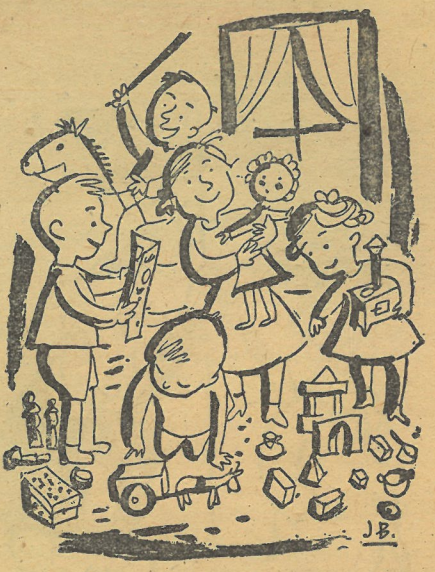
Pero Pocholo no tenía alma, y, ¡claro!, cuando pronunciaba las palabras "papá" y "mamá", lo hacía sin darse cuenta de ello, sin alma.

Así les pasa a los niños que rezan mal y distraídos. Rezan como el muñeco Pocholo: sin alma. No saben lo que dicen, como Pocholo.

¡NIÑOS! No seáis como Pocholo, el muñeco que decía "papá" y "mamá" sin alma.

Suárez, famoso escritor y teólogo de primera, que sabía mucho y que escribió muchos libros, solía decir que daría su ciencia por una avemaría. Es que se daba cuenta de lo importante que es el rezar bien.

LOS REYES TRAEN REGALOS



Todos los niños sabéis de memoria qué fiesta se celebra el día 6 de enero. ¡La fiesta de los Reyes Magos! Qué fiesta tan bonita, ¿verdad? ¡Con qué ilusión vas a mirar qué es lo que te han puesto en los zapatos!

Los Reyes eran unos príncipes orientales muy buenos. Por eso llevaron al Niño Jesús oro, incienso y mirra. Y por eso también les dejan cosas a los niños buenos, que son las mejores imágenes del Niño-Dios.

Traen regalos los Reyes. Pero ¿cuál fué mejor regalo, el que los Magos llevaron a la Virgen o el que Ella les dió a los Magos? Veo que habéis acertado: era mucho mejor el regalo que dió la Virgen a aquellos señores, porque les dió el Niño Jesús. No para que se lo llevasen, claro. Pero sí para que lo besaran.

Todas las veces que comulgamos, la Virgen, por manos del sacerdote, nos entrega a su hijo Jesús. Por lo tanto, cada vez que comulgamos es como el día de Reyes. Qué hermoso, ¿verdad?

COMO LA SAGRADA FAMILIA, DESTERRADOS...

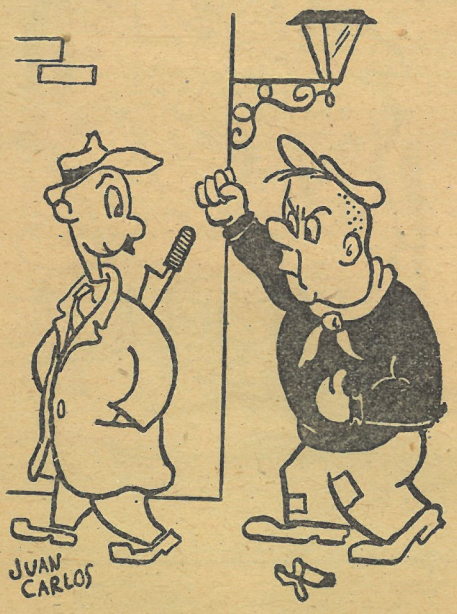
Ya conocéis la historia de Jesús después del Nacimiento y de la Adoración de los Magos: tuvo que escapar en brazos de su Madre a Egipto. Porque Herodes quería matar a Jesús. Por eso la Sagrada Familia tuvo que ir al destierro. Cogieron su burrita y los bártulos y—tipi-tapa, tipi-tapa—en marcha hacia Egipto.

Jesús quiso sufrir el destierro para animarnos a los que estamos también desterrados en esta vida. Y también para animar a tantos católicos como han sido desterrados en todas las épocas porque han querido seguir fieles a Jesucristo.

¿Te has acordado de rezar alguna vez por estos católicos desterrados? ¿No sabías que hay muchos millones de niños y de mayores que han sido expulsados de sus pueblos y de sus casas? Fíjate cuántos serán que en Alemania hay más de 10 millones de desterrados. Y así en otros países.

Acordándote de la Sagrada Familia en el destierro, reza por toda esta pobre gente. Y Dios te oirá, porque oye las oraciones puras de los niños.

PAGINA AMENA



—¿Decía usted algo?

BUEN CONFIRMANTE

Un joven bretón, zuavo pontificio, aguardaba en una posada la hora de continuar su viaje. Entre tanto rezaba el Rosario sin percatarse de lo que podían decir los que le veían. Pero había un señorito muy atrevido que empezó a decir con sorna al zuavo:

—Buenos días, reverendo soldado. Se me figura que lleva usted en la mochila el bonete y la estola, y aun no dudo que el Papa le habrá dado licencias para confesar. Permítame que me confiese con usted.

—En cuanto a Sacramentos—repuso el zuavo tranquilamente—, no tengo licencias amplias de confesar, como usted se figura; lo único que puedo es confirmar.

Y diciendo y haciendo, le soltó al atrevido un solemne bofetón que le dejó rojo de vergüenza y de calentura.

* * *

Un celoso párroco hizo una colecta para adquirir una vidriera artística que representaría el Nacimiento, con esta inscripción al pie: "Un niño hermoso ha nacido". Y marchó a la capital para encargar la obra de arte. Pero al llegar se da cuenta de que se ha olvidado sobre su mesa las medidas. Corre al telégrafo y pone: "Toma medidas sobre mesa. Telegrafía fonda estación". Y rezando el breviario, espera pacientemente la contestación. Dos horas después se acerca un empleado.

—¿Es usted el cura de X?

—Servidor de usted.

Y el empleado, sonriendo, añade:

—Ha hecho usted reír a toda la oficina de Telégrafos...

—¿Pues...?

—Vea el telegrama que acabamos de recibir: "Un niño hermoso nos ha nacido. Alto: 2 metros 50; ancho, 1 metro 83".

* * *

—Yo conozco una palabra que tiene cuatro letras y si se le quita una, queda una.

—Eso es imposible. ¿Qué palabra es?

—"Luna"; si se le quita la "l" queda una.

TRES TESOROS

San Juan Berchmans, a punto de morir, se hizo dar su rosario, su crucifijo y sus reglas, diciendo: "Estos son mis tesoros más preciosos. mis armas que me han llevado siempre a la victoria y con ellos quiero morir". El cristiano también tiene su rosario, su crucifijo y sus mandamientos.

Con censura eclesiástica.